

me quedaré sin el rico, y despreciada por los que no lo son.

—¿Y qué importa el desprecio de los pobres?

Luisa se avergonzaba interiormente de los sentimientos de su mamá, y evitó que aquella conversacion continuase.

Mientras tanto, la criada, que no habia perdido una sola palabra del diálogo, experimentaba una satisfaccion muy grande al considerar que las noticias que iba á darle al señor Mantecon habian de entusiasmarle hasta el punto de ser dadivoso mas que nunca.

VI.

La situacion de Lorenzo no podia ser mas comprometida. Por una parte, cada dia era mayor el desagrado con que su familia veia sus relaciones con Luisa; por la otra, don Vicente, á pesar de estar dominado por su mujer, le trataba ya con un desden que casi era una despedida.

Todo esto hubiera sido poco, si Lorenzo no hubiese ido, instante por instante, viendo desvanecerse las ilusiones que se forjara antes de tratar á Luisa diariamente y con aquella familiaridad que doña Cármen le permitia para que fuese menos posible un rompimiento.

El amor contrariado, toma mayores proporciones, se hace una pasión, un delirio, pero un amor en que se nota el deseo de *hacer fortuna*, en que el cariño es un medio y no más, tiene que degenerar, languidecer y consumirse al fin. Falta de tacto, de talento, ó de algo que no sabemos explicar, existe en la mayor parte de las jóvenes de nuestra sociedad. Su mirada provocativa, su gracia seductora, la dulzura de su voz, y cierta coquetería que emplean los primeros días del amor, producen siempre en el cerebro de los jóvenes una fiebre muy fácil de confundir con aquella que se posesiona de nuestro ser en los momentos de las grandes pasiones. Pero ¡ay! que tan brillante luz es igual á la de los fuegos fátuos, y al entusiasmo y frenesí del principio sucede el hastío más desconsolador. Muy pocas son las que saben conservar la ilusión que inspiran, y por eso caen de su altar, á cada paso, esos ídolos hermosos á quienes abrimos las puertas del santuario de nuestro corazón.

Monótona, cansada, astidiosa es la exis-

tencia de la gran mayoría de los novios en México.

Hoy, lo mismo que ayer; mañana, lo mismo que hoy.

Es que no se ha cuidado poco de ilustrar á la mujer hasta no hacer mucho; es que el amor no puede vivir solo con el corazón, sino también con el cerebro.

Lorenzo había agotado todas las frases de la ternura, todas las caricias del cariño. En sus cartas no hacía otra cosa más que reproducir lo que tantas veces había dicho y escrito; en sus visitas sucedía lo mismo.

Lorenzo estaba aislado en aquella casa: don Vicente salía á la sala muy pocas veces; cuando doña Carmen lo hacía, era para murmurar de las jóvenes que no seguían el ejemplo de Luisa, ó para hablar de esas minuciosidades del hogar que solo puede soportarlas quien á ellas está condenado.

Hé ahí la situación en que se encontraba Lorenzo.

La de Luisa no era, por cierto, alhagadora. Aquella joven comprendía que su aman-

te espía una oportunidad para abandonarla; comprendía que Lorenzo no tenía la resolución necesaria para despreciar las preocupaciones de su familia; comprendía que los proyectos de engrandecimiento, de mejora de fortuna, tenían que desvanecerse muy pronto. Y sin embargo, Luisa no se sentía bastante fuerte para anticiparse á Lorenzo, ni procuraba subyugarlo por medio de un amor de esos que enloquecen y acaban por hacernos aceptar el yugo del matrimonio.

Luisa, antes de ser la prometida de Lorenzo, concurría á las diversiones públicas; bailaba en esas tertulias de confianza en donde se goza mas que en los salones en que nos esclaviza la cansada etiqueta de las familias aristócratas. Luisa era alegre, franca, comunicativa.

Sus amores con Lorenzo la habían alejado de su antiguo círculo, y de todo se había privado, como quien se prepara á figurar en mas elevada esfera, como quien necesita desvanecer hasta el último recuerdo de su pasada condición.

Además, había hecho tantos desaires á los jóvenes que se habían atrevido á pretenderla, que estaba cierta de que el día en que Lorenzo la abandonase iba á ser objeto de la indiferencia mas grande, cuando no de la burla mas espantosa.

—Si no temiese yo disgustar á mamá, decía interiormente Luisa, á buen seguro que Lorenzo continuase en relaciones conmigo. Me hiere la conducta de su familia, me cansa él, me ostiga este compromiso.

—Si hubiera un motivo justificado, decía Lorenzo para sí, cada vez que se acordaba de Luisa, daría por terminada esta aventura en que mas disgustos que provecho he sacado. ¡Un rival! ¡un rival me haría feliz!

Mientras los novios hacían en la ausencia recuerdos tan poco satisfactorios, doña Carmen, que hasta entonces se había resignado á dejar al tiempo el feliz éxito de sus planes, se había entregado á serias reflexiones.

Para aquella señora la situación estaba definida; era necesario un recurso extremo pa-

ra que todo volviese á ser tan alhagador como en los primeros dias.

El interés inspira muchas veces proyectos odiosos y criminales; doña Cármen llegó á concebir uno para lograr que Lorenzo se casara.....

Afortunadamente se sobrepuso ese noble y santo amor, que Dios á concedido á la mujer que es madre, y Luisa no se vió en el triste caso de oír un consejo infame de los lábios de doña Cármen.

Empero, no renunció doña Cármen á tomar una providencia para asegurar, en su concepto, el porvenir brillante que á su hija habia estado formando desde que Lorenzo concurrió al baile de la Lonja. Oigamos de qué medio se valió para conseguir aquel fin.

Don Vicente se encuentra frente á su mujer.

—Diez meses ó mas, Vicente, hace que Lorenzo y Luisa están en relaciones.

—Bien á mi pesar.

—Preciso es que le hables.

—¿A quién?

—A Lorenzo.

—¿Y qué le he de decir?

—Que señale un plazo para efectuar su casamiento con nuestra hija.

—Cármen, à tí que has sido la autora de esas relaciones, te toca dar el paso que ahora me exigés.

—¿Eres ó no el jefe de la familia?

—Delego en tí mis facultades.

—¿Se trata del porvenir de tu hija!

—Por lo mismo temo comprometerme.

—¿Vicente! exclamó con ira doña Cármen, haciendo un ademan como de quien se retira á hacer algo extraordinario.

Don Vicente no pudo llevar adelante la resolución que habia tomado, y deteniendo á su mujer:

—Cármen, le dijo, desde el principio me repugnaron esas relaciones, y las toleré por no conquistar tu enojo. Tiempo hace que debíamos dar el paso que ahora me indicás; pero..... no olvides esto, ese jóven no se casará con nuestra hija, y ésta habrá perdido

el tiempo de una manera lamentable. Le hablaré; así lo quieres, mas todo será inútil.

—¿En qué te fundas?

—En que veo mas claro que tú, porque no es obra mia ese *negocio*. Pronto me darás la razon.

La conciencia de doña Cármen le decia que don Vicente no estaba equivocado.

VII.

Don Gordiano no habia perdido el tiempo. Es verdad que diariamente tenia que satisfacer una nueva exigencia de la criada de Luisa; pero en cambio estaba al tanto de todo lo que llevamos referido. El tocinero se gloraba ya de su triunfo; ¿qué puertas hay cerradas cuando se llama á ellas con el armonioso ruido del oro?

Hasta aquella época el señor Mantecon no habia cuidado presentarse ni siquiera con decencia; su aspecto era nada simpático por lo mismo. Pero una vez empeñado en lograr la posesion de Luisa, le fué indispensable ocurrir á la casa de Paul Bergé por un

trage de los de primera clase. Sin embargo de que el corte no dejaba que desear, don Gordiano estaba hecho un cursi completo.

Una vez trasformado así don Gordiano, comenzó á *hacer el oso* á Luisa.

En los primeros dias, aquella jóven no se fijó en el señor Mantecon, que pasaba y volvia á pasar por la cera dé enfrente. Luisa era una jóven elegante y de buen gusto, por mas que su familia no poseyese iguales dotes; ¿cómo, pues, habia de atraer sus miradas aquel hombre vulgar, desconocido para ella, á pesar de ser dueño de la tocinería de aquella calle? Así trascurrió mas de una semana, y el buen don Gordiano persistia en su propósito.

El vecindario notó la trasformacion del tocinero, y comprendió que estaba enamorado. ¿De quién? No tardarian en saberlo.

Las jóvenes que por las tardes salian á sus balcones, veian á don Gordiano; las que tenian cita con el novio al medio dia, tambien le observaban.

Debemos advertir que las jóvenes vecinas

de Luisa no la querian. La reserva, el retraimiento de su familia era atribuido á un exceso de orgullo, cuyo fundamento no podian encontrar. ¿Cuál no seria la mordacidad y la rechifla con que el vecindario recibió la noticia de que Luisa tenia por oso al tocinero don Gordiano?

—Le corresponderá sin duda, decia Margarita á Enriqueta su hermana; lo que desea la Luisita es un marido que ponga coche y le compre lujosos vestidos.

—Yo le despreciaría, contestaba Enriqueta; es un hombre sin cultura de ninguna especie.

—Parece un payo, exclamaba otra de las jóvenes presentes.

—Y con Lorenzo*** qué sucederá? preguntaba Margarita con un acento que demostraba hasta dónde eran sangrientas sus ideas.

Lo que pasaba con Lorenzo era lo mas natural del mundo. Pasados los dias en que el amor es una ilusion que nos fascina, habia vuelto á sentir y pensar, como sentia y

pensaba aquella noche en que le conocimos hablando con Luisa en el Zócalo. La familia de Luisa, ya lo hemos dicho, era una familia cursi; una familia vulgar, cuyo trato no podia satisfacer sino á uno de esos pollos insustanciales que cuando más, llegan á tener la habilidad de manejar un faeton en el paseo de Bucareli.

Lorenzo, aunque no habia recibido una educacion literaria, porque la *aristocracia* se cuida poco de instruirse, estaba dotado de excelente sentido y sabia algo mas que hablar á las mujeres, de moños y vestidos. Lorenzo, en materias religiosas, era despreocupado, y no queriendo pugnar con la familia de Luisa, absteníase de censurar á doña Carmen sus prácticas religiosas.

Pasados, como hemos dicho, los dias en que el amor es una fiebre, comprendió que bajo ningun punto de vista era realizable su union con la hija de don Vicente, y comenzó á reflexionar sobre la mejor manera de romper aquellas relaciones.

El matrimonio, tal como está instituido

por la Iglesia y el Estado, no ofrece los mayores atractivos al hombre pensador. Lorenzo era partidario ciego del principio filosófico de la disolubilidad del matrimonio, y si hubiera tenido la ilustracion necesaria, habria sido el apóstol mas ferviente de aquella doctrina.

Sentado en un muelle sofá de su habitacion, pensando nada menos que en la necesidad de una reforma radical en el matrimonio, estaba una mañana, cuando un criado se le presentó anunciando que el señor don Vicente*** deseaba verle.

—Que pase á la sala, contestó Lorenzo con calma, al oír al criado.

Breves instantes despues, Lorenzo y su presunto suegro, sostenian el diálogo siguiente:

—Grande es la mortificacion que experimento al dar el paso que aquí me conduce, comenzó don Vicente, que en verdad parecia muy mortificado.

—No comprendo, repuso Lorenzo, qué mortificacion pueda haber en vd. al venir á

ver á una persona que le estima y le recibe con positiva satisfaccion.

—Mas es el caso que.....

—Si en algo puedo ser útil á vd., señor, creo que nada me será mas grato que servirle, interrumpió el jóven.

Tan fina galantería desconcertó un tanto á aquel buen padre de familia, á quien una esposa llena de pretebnsiones y de avaricia ponía en el duro trance de invitar al pretendiente de su hija á que fijase el dia de la boda.

—Lorenzo, continuó don Vicente; vd. es demasiado inteligente para comprender que no vengo á implorar el favor de vd., sino á suplicarle que hablemos acerca de las relaciones que há poco ó menos de un año lleva vd. con mi hija. Mi señora..... ya sabe vd., las madres están siempre anhelando asegurar el porvenir de sus hijas..... y yo..... no pocas veces he tenido que sufrir las reconvencciones que se me dirigen por la apatía con que miro estas cosas.

—¿Y cuál es, en una palabra, el deseo de vd.? Entremos de lleno en la cuestion.

—Mi señora.....

—¿La señora de vd. quiere que yo fije el dia de la boda?

—Precisamente.

—Pues hé aquí que eso me es del todo imposible.....

—¡Caballero!

—Si por tal me tiene vd., no debe atribuir mi respuesta á una mira que estoy muy lejos de abrigar. Además, no me permitió vd. terminiar la frase; yo quise decir que por el momento no me era dable satisfacer la exigencia de la señora de vd.

—Si es exigencia, es una exigencia legítima.

—No lo niego; mas vd., como hombre de mundo, comprenderá que cuando se trata de llevar á efecto un matrimonio, es preciso contar con muchas circunstancias que por el momento no creo reunir. Los negocios de la casa.....

—Con la casa nada tengo que ver; ¿vd. se casará con Luisa? ¿cuándo? esto es lo que importa.

—Desearia yo que me dejase vd. unos dias para responder como deseo á las dos preguntas que me hace.

—Harto tiempo hemos perdido para sufrir mas dilaciones.

—Don Vicente, yo ruego á vd. que modere su lenguaje. Estando vd. en mi casa, tengo que violentarme demasiado para no usar ni una frase siquiera que pudiese herir á vd.

—Concluyamos, exclamó con energía inusitada el padre de Luisa.

—Sí, don Vicente, concluyamos, repuso tranquilamente Lorenzo.

—O me fija vd. hoy mismo el dia de la boda, ó desde este momento quedan terminadas nuestras relaciones.

—No me opongo, señor don Vicente, á ninguna determinacion de vd.; pero sí debo recordarle que hay asuntos que tienen que

ser resueltos por aquellas personas que están mas directamente interesadas en ellos. Si vd., porque no le prometo ir hoy mismo á la oficina del registro civil, quiere dar por terminadas mis relaciones con Luisa, se expone á que ella no opine de la misma manera. Acaso las razones que yo le expusiera servirian para convencerla de que no por precipitar nuestro enlace podremos ser mas felices. Y como al corazon no puede imponérsele otra ley que la ley del sentimiento, Luisa.....

—Está vd. muy equivocado; mi hija hará lo que yo le ordene.

—Entonces señor don Vicente, puede ordenarle vd. á su hija lo que le parezca mejor.

—Sí, le ordenaré que olvide estas relaciones en que no ha hecho otra cosa mas que perder el tiempo.

—Lo que la mujer debe cuidar no perder, señor don Vicente, es la dignidad y la honra. Creo, como caballero, que Luisa na-

da ha perdido con aparecer ante la sociedad como novia mia. Suplico á vd. que con ella sea con quien hable yo acerca de este asunto.

—Repito á vd. que ya no queremos seguir perdiendo el tiempo, y que al dar el paso que hoy he dado, ha sido de acuerdo con mi hija.

—Puede vd., pues, manifestarle que.....

—¿Que hemos terminado?

—Lo que á vd. plazca. Yo sé amar á la mujer que tiene voluntad propia, no á la que sigue ajenas inspiraciones. Además, la entrevista que acabamos de tener me persuade, y lo siento, de que entre la familia de vd. y yo, es imposible que puedan existir lazos como los que forma el matrimonio.

Quién sabe cuál hubiera sido el final de tan desagradable escena, si todavía cuando Lorenzo terminaba la última frase no hubiese entrado un amigo de confianza que no se hizo anunciar.

Don Vicente disimuló el estado de agita-

cion en que se encontraba, y se retiró pocos momentos despues.

Bajando estaria la escalera, cuando Lorenzo, èbrio de felicidad, exclamó:

—¡Me he salvado!